

sos le exacerbaron, haciéndole perder la calma para faltar á la justicia; no la hubo para separar de la manera que se separó á Castelar de su cátedra, por su artículo titulado *El Rasgo*, aludiendo á la régia cesion, ni para reemplazar al rector de la Universidad, y mucho menos para las escenas que tuvieron lugar del 8 al 10 de abril, atropellando patrullas de infantería y caballería á pacíficos é indefensos transeúntes, y de tan feroz manera que con razon fué calificado aquel acto de brutal ojeo. Nunca se ha castigado de tal manera una manifestacion estudiantil, que no era otra cosa, pues protestaron su participacion todos los partidos. Allí se vió que se buscaba una resistencia que no se encontraba, que se provocaba inútilmente; por lo que fué grande la indignacion pública y se sublevó toda conciencia honrada al saber las víctimas que produjo aquella horrible hecatombe. Haciéndole ella recordar al ministro de Fomento, Alcalá Galiano, la del 10 de marzo, en Cádiz, se afectó tanto con la discusion que se promovió en el Consejo, que le costó la vida.

El ayuntamiento y la diputacion provincial se divorciaron del gobernador civil por la parte que tuvo en aquellos sucesos. A la primera corporacion sucedió otra nombrada de real orden, y el gobernador civil fué reemplazado.

Triunfó el gobierno en la discusion que produjeron los anteriores acontecimientos; pero no se rehabilitó en el concepto público, le abandonó el centro parlamentario, y viendo, por el reemplazo del marqués de Alcañices, que no contaba con el favor de palacio, dimitió.

La política que seguian la Reina y sus ministros, no podia ser mas favorable para la revolucion. Apenas se concibe tanta ceguedad.

Desvanecidas con la caída del ministerio Arrazola las esperanzas que la Reina habia hecho concebir á Prim, prescindió este de toda legalidad. Detrás del banquete del 3 de mayo de 1864 en los Campos Eliseos habia un importante movimiento militar perfectamente organizado. El discurso anti-esparterista de Olózaga, lo desbarató. Los militares comprometidos, afectos todos á Espartero, consideraron como una ofensa el que se le relegara de la jefatura del partido, y como un peligro para la Reina, y se suspendió el movimiento. Preparólo para la noche del 6 de junio, primero, y para la del 6 al 7 de agosto despues; no pudo realizarse por tener algunas noticias de la autoridad, que efectuó prisiones y destierros y desconcertó por entonces todos los planes, si bien continuaron conspirando los progresistas. Pero con mala fortuna: fracasó el movimiento bien preparado en Valencia—junio de 1865—á donde acudió Prim disfrazado, y para el que se contaba con la guarnicion, faltóle la de Pamplona, y ni en Zaragoza, en la Mancha y otros puntos pudieron ejecutarse las sublevaciones que se ofrecian como seguras.

No pudo menos de comprenderse que la actitud de los progresistas era un peligro inminente para el trono, y al encargarse O'Donnell de la formacion de un nuevo ministerio, ofreció tres carteras á los directores de los tres periódicos progresistas; aceptábala el del *Progreso Constitucional* y rechazada por Fernandez de los Rios que dirigia *La Soberanía Nacional* con el lema de *todo ó nada*, no se brindó Sagasta, director de *La Iberia*, y se constituyó el gabinete con Posada Herrera, Zavala, Alonso Martinez, Cánovas, Vega de Armijo, Calderon Collantes, y Bernudez de Castro.

Prévia una amnistía, sin excepcion, para toda clase de delitos de imprenta, y la reposicion del ayuntamiento de Madrid, expuso en las Cortes el 22 de junio—1865—su programa político desplegando su bandera de union liberal, á la que llamaba á cuantos de ella se habian desprendido y á cuantos quisieran prestar su concurso al gobierno; retiró los reaccionarios proyectos de ley de imprenta presentados por el gabinete anterior; ofreció un proyecto de ley electoral de grandes circunscripciones, verificándose la eleccion por provincias y rebajando el censo á la mitad,—200 rs.—; activar la desamortizacion eclesiástica; reconocer el reino de Italia y sostener el orden público.

Para desarmar á los progresistas entabló O'Donnell relaciones con Prim, pretendió este que se abandonara el retraimiento, pero una asamblea de los representantes de todos los

comités votó que en él se continuara. Y el gobierno, sin embargo, colocaba á los militares que los progresistas designaban, desterraba á Roma con pretextos religiosos á Sor Patrocinio y al P. Claret, hacia viajar tambien á otras influencias palaciegas, que en su bastarda intervencion ó intriga política atendian mas á su peculiar interés que al de la Reina y al de la patria; y á pesar de la oposicion de los prelados que causaron una verdadera agitacion político-religiosa, se reconoció, como una necesidad política, la unidad del reino de Italia, que era ya un hecho consumado. En vano trató una gran parte del clero de soliviantar los ánimos de las masas en algunas provincias, contra el gobierno y aun contra la Reina.

CAPITULO III

Insurrecciones.—Cambios de política.—La reaccion en el poder.

En busca de salud, si no de tranquilidad, se trasladó la corte á Zarauz para tomar la Reina baños de mar. El natural sosiego á que convidaba la vida en el campo, no reflejaba en aquella sazón la paz política; evidenciaba por el contrario hallarse esta tan agitada como las olas que con tanta frecuencia, en aquella turbulenta costa, se estrellan al pié del palacio que ocupaba la Reina, asentado en la pintoresca orilla del Océano. Allí pasó la corte el estío, y como si la perturbacion de los partidos políticos no fuera bastante á ocupar al gobierno y á la Reina, aun se produjo un extraño conflicto de mal carácter y peor género. En él mostró el gobierno su fuerza logrando expulsar de la corte al secretario particular de la Reina que acababa de llegar llamado por esta misma señora. No temió el gobierno al centro isabelino que se estableció en Bayona, y aunque apenas tomó parte en la mision que llevó Cristina al lado de su hija, para que esta transigiera con los progresistas, cuya actitud la asustaba, entraba en las ideas del ministerio atraerlos á la legalidad de que se separaban para ir á la revolucion.

Distrajeron los ocios de la corte, la visita primero del duque de Aosta, y en San Sebastian despues la de los Emperadores franceses, devolviéndoles la Reina la visita en Biarritz.

En lo que no estuvo bien aconsejada la Reina al regresar de las Provincias Vascongadas, fué en su larga residencia en la Granja, huyendo del cólera que reinaba en Madrid; lo cual produjo fundado descontento en la opinion pública, sabiendo aprovecharle los partidos antidinásticos para divorciar á la corte con el pueblo porque no compartia con él sus peligros y desgracias. El disgusto que entonces ocasionó en Zaragoza un impuesto de consumos, alteró el orden, que pudo haberse apaciguado ostentando la fuerza, no haciendo uso de las armas, siendo responsable el general Zapatero de las víctimas que ocasionó su falta de don de mando. En el mismo sentido hubo tambien alborotos en Lérida, Tarazona, Villanueva y Geltrú y en otros puntos; contribuyendo todo á que acreciera el malestar que por todas partes cundia; que se exacerbó en Madrid por el recrudecimiento del cólera, ocasionando esto la creacion por los progresistas de la humanitaria asociacion de los *Amigos de los pobres*, que tan admirables resultados produjo. Como si sus individuos trataran de que su proceder contrastara con el de otros mas conspicuos, ejercieron la caridad hasta el heroísmo, sacrificando muchos su vida por salvar la del prójimo, siendo víctimas algunos de su abnegacion y de su virtud. Cuando esto sucedia en Madrid, cuando se separaba á los empleados que no regresaban á sus puestos, cuando algunos grandes hacian alarde de no salir de la villa á negocios de interés porque no se creyera que huian del peligro, la corte continuaba en la Granja, si bien envió un millon de reales y otras cantidades para las suscripciones que en Madrid se abrieron en beneficio de los pobres. Gran beneficio dispensa el dinero á la desgracia; pero no infunde en el alma ese goce interior, no la da ese consuelo que proporciona el interés de la asistencia amiga, y máxime si le dispensa la mas elevada jerarquía de una nacion. Nunca pareció la Reina de Hungría mas grande que curando á los leprosos, lo cual le valió la santidad.

Disueltas las Cortes el 10 de octubre y convocadas las nue-

vas para el 27 de diciembre, se efectuaron las elecciones con escasa animacion por falta de lucha en todos los distritos. El partido progresista, despues de mostrar en una reunion numerosa, celebrada en el Circo de Price, la diversidad de tendencias que le trabajaban, pues segun el señor Olózaga, no habia habido en la direccion la unidad indispensable, faltando la de pensamiento y la de accion, y la confianza mutua, dejaba de tomar parte en la direccion del partido y se insistió en el retraimiento á disgusto de los que no querian la revolucion, que salieron de esta junta profundamente afectados: los demócratas, que llamaban á su partido el del porvenir, marchaban unidos con los progresistas, y los moderados que tambien se reunieron, querian el retraimiento, pero como esto era revolucionario, dejaban en libertad á sus individuos para que asistieran ó no á las urnas. Se publicaron sendos manifiestos, no faltó el del comité de la union liberal, todos ofrecian la felicidad del país, y al abrirse las Cortes, se prometía la Reina en el discurso de apertura «que, con una política tolerante sin ser débil, represora del desórden sin crueldad, y con firmeza y teson para realizar sus propósitos, desembarazaría el camino fácil de perfeccion y de progreso á que están llamados los individuos y las naciones; y teniendo todos por única mira el interés público, por guía la opinion nacional, por regla el respeto á la ley, é invocando siempre el nombre de Dios, nunca faltaría, como lo esperaba, entre los poderes del Estado aquella cordial inteligencia que afirmaba la tranquilidad y el progreso en lo presente y preparaba dias prósperos y felices á las nuevas generaciones.»

A los pocos dias varió tan lisonjera perspectiva. Prim se puso el 2 de enero de 1866 á la cabeza de algunas fuerzas sublevadas contra el gobierno, las únicas que no faltaron á los compromisos contraídos, aunque la culpa mayor estuvo en la ineptitud de algunos de los agentes, cuya falta de tacto ocasionó tambien fusilamientos como el del capitán Espinosa y dos sargentos.

Sin infantería, Prim renunció á su plan y se propuso ganar tiempo, sin alejarse mucho de la corte, esperando le ayudasen algunos de los muchos que lo ofrecieron; presentó como programa la reunion de Cortes Constituyentes; vió que solo podia contar con los regimientos de caballería Calatrava y Bailén, que salieron de Aranjuez y pocos paisanos por carecer de armas para todos los que se presentaban; y activamente perseguido por Zavala; sin recursos por no querer gravar á los pueblos; imposibilitado de llevar la insurreccion á Andalucía; sin poder reponer los caballos fatigados y sin municiones, resolvió marchar á Portugal á esperar ocasion mas propicia. Entró resignado en aquel reino el 20, por Barranco, y alabó el comportamiento que con él y con los que le siguieron, tuvieron los portugueses.

Gran desengaño experimentó Prim, porque aquella insurreccion contaba con muchos y poderosos elementos militares; con casi todas las fuerzas que guarnecian á Madrid, y las que estaban acantonadas en Leganés, Torrelaguna, Alcalá y en otros puntos, excepto los ingenieros y la artillería. Pero se cometieron indisculpables torpezas, y por ligereza y aturdimiento de Lagunero dejó de unirse á Prim el regimiento de caballería de Albuerca, acuartelado en Alcalá de Henares, y las dos compañías de cazadores que habian de proteger el pronunciamiento de la caballería.

Comprometido tambien el batallon de Almansa, que guarnecia á Valladolid, salió en un tren preparado que le condujo á Zamora, donde debia unirse el batallon de Africa y los carabineros; pero tambien aquí hubo omisiones y descuidos á pesar de ser los pronunciados dueños de sus acciones y de las poblaciones que ocupaban. Fué tal el desconcierto ó la falta de resolucion, que al llegar á Zamora en un tren las fuerzas que se habian pronunciado en Avila, se vieron abandonadas de sus compañeros, retrocedieron á Toro y de esta ciudad á Portugal. Así fracasó el movimiento de Castilla la Vieja, de gran solidez, y que cumplia los deseos de Prim, que eran, no hacer una revolucion, sino un cambio de situacion política, pues habiéndole hecho su amigo Muñiz, que fué uno de los principales agentes para preparar el movimiento, observaciones de los inconvenientes y dificultades que podria

ocasionar tanto movimiento en los cantones, y cuánto mejor era la concentracion de fuerzas tomando la iniciativa la capital, contestó: «Tiene usted razon, pero temo que la mezcla de paisanos y soldados, haga perder á estos la disciplina y me tiren el trono por el balcón; y de este modo me pongo á las puertas de una capital sublevada moralmente, con fuerzas superiores á su guarnicion; la corte se rinde, y cuando el país se aperciba del pronunciamiento, ya tiene un gobierno que sin sangre ni disturbios, ha verificado el cambio político.» Y dijo despues: «que impulsado por amor á la patria y á la libertad, habia iniciado una revolucion política destinada á salvar la propiedad y la familia de la tremenda revolucion que las amenazaba.»

Una casual coincidencia imposibilitó el movimiento del regimiento de Burgos que acababa de llegar á Madrid procedente de Valencia; y al ser conducido aquella mañana por el brigadier duque de Gor, mandó Rada, que habia sido su coronel y disponia del regimiento, á decir á don Joaquin Aguirre, que desde donde estaba el cuerpo, afueras de la Puerta de Toledo, se encontraba dispuesto á dar el grito, tomando posesion del barrio de aquel nombre; pero no se podia aceptar la oferta en aquel momento por falta de noticias de los demás cuarteles, ocupados ya por los generales de la confianza de O'Donnell, que imposibilitaron la ejecucion de los planes concertados, aprovechando aquellos generales el tiempo que perdieron los que mas interés tenian en ganarlo.

Aun se hicieron esfuerzos en la tarde del 3 al entrar en Madrid la brigada de Alcalá. El comité progresista, declarado en sesion permanente, y mudando todos los dias de casa, no cesó de buscar y tratar con los comprometidos en Alcalá, de lo cual estaban encargados los mismos que allí habian trabajado con tan poca fortuna; afanábanse tambien en iniciar á la guarnicion de Madrid, Palacios, Lagunero, Hidalgo, Gaminde, De Blas, Montejo y todos cuantos tomaban parte en aquel pronunciamiento; mas todo se estrelló ante la negativa del comandante de Isabel II que era la base.

El movimiento efectuado con algunas fuerzas en Alcalá, en Molina de Aragon, no favoreció mucho á sus iniciadores, y fué origen de lamentables fusilamientos.

Los Merinos en Despeñaperros, Escoda en el Priorato, ayudado por Saqueta, Huguet, Martín de la Tecla y otros, y Ortega, Floria y Roye en Aragon, levantaron partidas que, con mas ó menos fortuna duraron poco.

Apresurada la constitucion del congreso que se efectuó el 4 de enero, se disolvieron todas las asociaciones políticas y mostróse enérgico O'Donnell contra los sublevados, no queriendo recordar que Prim no habia hecho mas que lo que él hizo en 1854, y aun andado por los mismos sitios, sin mas diferencia que á O'Donnell le salvaron los progresistas y á Prim no le ayudaron.

El malestar general era evidente: si el gobierno habia restablecido el orden material, estaba cada día mas perturbado el moral: nada se hacia para quitar á la revolucion su razon de ser: se asustaba O'Donnell de la libertad, y á la vez que rechazaba la investidura de dictador, imposible en una monarquía constitucional, pedia á las Cortes siete autorizaciones para que en todo el tiempo que mediase entre aquella legislatura y la siguiente, pudiera aumentar el ejército y la armada, legislar sobre los presupuestos y sobre la deuda, y hacer frente á las dificultades que preveía.

Y no eran estas pequeñas. Prim habia dicho que no habia terminado su obra, que no se consideraba vencido, y se reanudaron los trabajos de conspiracion, contando con los demócratas. Tambien se aprovechó el resentimiento de los sargentos de artillería con los oficiales del colegio que habian hecho revocar la disposicion de Córdoba que les permitia ascender dentro del cuerpo hasta comandantes.

Un incidente estuvo á punto de acabar con los trabajos que se hacian y sacar á los progresistas del retraimiento. Don Nazario Carriquiri, que, dada su posicion, no obraba por sí seguramente, deseó conocer la disposicion con que el partido progresista recibiría un ministerio moderado, sin Narvaez, que disolviera las Cortes, y abriendo el palenque electoral, llevara á él á los progresistas. Celebróse una conferencia en

casa de don Manuel Cantero, á la que asistieron Carriquiri, Ruiz Zorrilla y Muñiz, y se acordó admitir un ministerio Lersundi, que daría una amplia amnistía, disolvería las Cortes, rectificándose las listas, y daría seguridades de legalidad en las elecciones. Contento se mostró Carriquiri de tal acuerdo, y no lo quedaron menos los progresistas, que preferían el poder por medios legales á los revolucionarios; pero se frustró esta transacción, porque O'Donnell, que siempre veía en Lersundi su sucesor, le confirió la capitánía general de Cuba. Esto produjo además tanta perturbación en el partido moderado, al que estaba afiliado Lersundi, que don Alejandro de Castro le significó bien claro su resentimiento, pues al aceptar el mando de la gran Antilla abandonaba á su partido.

Continuaron los progresistas sus trabajos de conspiración, y formó Prim un plan estratégico, cuya base de operaciones estaba en Miranda de Ebro. La iniciativa del movimiento debía partir de Valladolid, cuya ciudad se pronunciaría con toda su guarnición. Los jefes del regimiento de caballería la Albuera que estaba en Palencia, resolvieron permanecer firmes en sus puestos y obedientes al gobierno; pero si se pronuncia la guarnición y la ciudad de Valladolid, dijeron, entonces, y antes de pasar por la vergüenza de que los sargentos se nos lleven la tropa, reconocemos y nos ponemos á la órden de la junta. También se contaba con la guarnición de Burgos, excepto con los lanceros de Numancia, mas como solo tenían lanzas se pensó reducirlos poniéndoles una compañía de cazadores en los balcones que dominan al cuartel. En Bilbao, Vitoria y San Sebastian se disponía igualmente de las fuerzas necesarias.

Expuestos á Prim estos datos, dispuso que Valladolid iniciara el movimiento, tomando el mando el brigadier Rosales, acudiendo allí para el 20 de junio Gaminde, Lagunero y Escalante: las fuerzas de Burgos secundarían el anterior movimiento, poniéndose en comunicación con Miranda, para mantener las comunicaciones con Vitoria. Prim, que estaría el mismo día 20 en Hendaya, acudiría con las fuerzas de Irun y San Sebastian sobre Vitoria y Miranda, y si la ciudad alavesa no había obrado como ofreciera, marcharían sobre ella las tropas de Burgos, ocupando todo el material del ferrocarril. En un tren especial debía ir Muñiz con la guarnición de Zamora á ocupar Avila, desguarnecida, y sin apagar los hornos de la máquina, observar desde la sierra lo que ocurría en Madrid, y volar en caso extremo las obras de fábrica del ferrocarril para dar á Prim tiempo suficiente de concentrar y organizar sus fuerzas, para lo cual necesitaba lo menos tres días.

Mientras este plan se disponía, estuvo á punto de ser descubierto por la actividad que mostró el gobernador civil señor Gallostra; pero no lo consiguió, ni lo revelaban los papeles ocupados á don Toribio Balbuena, que fué sumido en un calabozo.

Moriones acudió desde Zaragoza á Madrid á organizar el pronunciamiento con su guarnición, y «es maravilloso, nos dice uno de los principales autores en aquellos sucesos, lo que hizo en la organización de todas las fuerzas, pues aunque le ayudaban oficiales y sargentos, Muñiz, el cura Alcalá Zamora y otros, él solo llevaba la dirección admirablemente bien, y con pulso y gran reserva.» Contándose hasta con muchos cabos y soldados, ninguno faltó al secreto. Los sargentos estaban todos comprometidos, entendiéndose Moriones con una representación de los mas caracterizados, y llevaba por separado las relaciones con jefes y oficiales de los mismos cuerpos, sin ponerlos en comunicación con los sargentos, sino con uno en cada cuerpo, excepto en artillería, en que Hidalgo no vió á ningún sargento hasta pocos días antes del 22 de junio.

Habiase pensado efectuar el movimiento el 20 de mayo; pero lo denunció un oficial, fueron los de artillería á sus cuarteles, recorrieron exacerbados las cuerdas tirando la ropa de las camas de los sargentos, que estaban dormidos, lo cual tranquilizó á los jefes y oficiales, cuya tranquilidad habría cesado si les hubieran registrado y encontrado los revolvers que en gran cantidad tenían, y que á ellos, como á todos, les habían sido entregados por Moriones pocos días antes. Esta visita irritó á los sargentos de tal modo, que algunos quisieron sublevarse en seguida. Suspendióse el movimiento, se hi-

cieron algunas pocas prisiones de militares, y Moriones, que se opuso á aquella suspensión, lo designó para el 5 de junio, dos días antes de que regresara la corte de Aranjuez con fuerzas contrarias á la revolución. Iban á efectuarse tambien relevos que la perjudicaban; y el expresado día 5 daba el servicio de plaza el regimiento de Burgos, que se proponía poner en libertad á sus compañeros y jefes presos en San Francisco, cuya guardia se comprometió á ello. Rivalidades de algunos directores de los trabajos, impidieron se ejecutara el concertado plan para aquella noche, y Moriones fué destinado por Prim á organizar el pronunciamiento de Valencia, lo cual produjo tal disgusto en los sargentos, que no quisieron tratar con el sujeto que se les presentó, diciendo que no eran demócratas y que mientras no se les presentara un progresista importante nada harían, rechazando los empleos que se les ofrecían por no ser el interés el que les impulsaba. Presentado Sagasta, dijéronle en el acto: «Ahora cuanto V. mande; solo le pedimos que cuando se dé la órden, no haya despues contraórden, porque el secreto puede peligrar, puesto que tenemos que contar anticipadamente con muchos cabos y soldados (1).»

Los elementos dispuestos por la revolución en Madrid, quedaron reducidos á los cuatro regimientos de artillería, si había quien sacaba el 1.º montado; unos 300 hombres del Príncipe; un teniente valeroso y bastantes sargentos en Asturias, pero ninguno capaz de arrestar en sus pabellones á los jefes y oficiales; los de Burgos que estaban presos, obtuvieron la libertad, haciéndoles salir inmediatamente de Madrid, separándose á los que habían quedado en el cuerpo; la caballería casi toda era contraria, así como los regimientos de ingenieros y de cazadores; y si en el de Isabel II que estaba en Leganés se podía fundar alguna esperanza, no era muy sólida. No tenía seguridades de éxito la revolución en Madrid: la impericia de los que habían substituido á Moriones era evidente; podían ser notabilidades políticas, pero fueron nulidades revolucionarias.

Sospechando el gobierno que algo se tramaba en Castilla la Vieja, envió á Burgos al general Caballero de Rodas, que fué en el mismo tren que algunos de los conspiradores.

Despues de no pocas peripecias que estuvieron á punto de producir un terrible fracaso, se dispuso la revolución en Castilla para el 23 y la de Madrid para el 22, para donde acudió el general Pierrad que se hallaba desterrado en Soria; pero este señor desconocía en absoluto los elementos con que se contaba.

Los sargentos de artillería, segun habían convenido, iniciaron la insurrección el amanecer del 22. No pudiendo sorprender dormidos á los oficiales que estaban en el cuarto de banderas, pues no querían matarlos, se decidieron á sorprenderlos despiertos, apuntándoles con las carabinas á la voz de *el que se mueva es muerto*. Al despertar sobresaltado el teniente Martorell, cayó atravesado de un balazo. Trabóse una lucha horrible, hallaron honrosa muerte dignos jefes y oficiales, y libres los sublevados dispusieron de unas 30 piezas de artillería y sobre 1,200 hombres. Unieronse bastantes paisanos armados; situáronse piezas en lo alto de la calle de Fuenarral, Plazuela de Santo Domingo y calle de Preciados, para apoderarse del ministerio de la Gobernación donde había de establecerse el gobierno provisional, y la resistencia que hallaron en la guardia del Príncipe frustró este intento.

Los generales Serrano y O'Donnell obraron activos. Las piezas disponibles en el cuartel de artillería del Retiro las envió el duque de la Torre á la Puerta del Sol; el coronel Camino venció á los que defendían los cañones que atacaban al ministerio de la Gobernación, apoderándose de ellos y de cincuenta prisioneros, y reunidas las fuerzas de la guarnición y convenientemente situadas por el general Zavala las que fueron llegando á Palacio, se atacó al cuartel de San Gil, sosteniéndose

(1) Al tratarse de tomar la iniciativa, la pedían los sargentos del príncipe y Asturias, que ocupaban el cuartel de la Montaña, y les dijeron los de artillería: «Nosotros tenemos necesidad de tomarla, porque nuestros oficiales se apercebirán de lo que arriba pasa, y la sorpresa nuestra será imposible sin verter sangre, y nosotros queremos sorprenderlos, pero no atender á sus vidas. Cuando desde las ventanas de nuestro cuartel veais enganchar en el patio del nuestro las piezas del regimiento de á caballo, es señal de que ya la sorpresa está hecha.»

mas de dos horas el fuego de cañon y fusilería, con grande ardimiento por una y otra parte.

Del batallón del Príncipe solo se unieron á los sublevados unos cuarenta hombres, por haber contrareestado el coronel y algunos oficiales los esfuerzos de los sargentos que intentaron arrastrar toda la fuerza. De ella necesitaba O'Donnell, pero como ocupaba el cuartel de la Montaña del Príncipe Pío, y estaba obstruido el camino directo con el fuego que se hacía desde algunas casas, no se podía ir á él directamente, y dando un gran rodeo fué el duque de la Torre. Contó con la decisión de aquella fuerza, y con toda la que ocupaba el cuartel de la Montaña, la distribuyó bien, y la colocó á espaldas del cuartel de San Gil, con órden de penetrar en él oportunamente; al hacerlo cuando mas arreciaba el ataque, trabó en el interior un combate difícil de describir. Arrollados los insurrectos en el piso bajo por el fuego y las bayonetas de los soldados del Príncipe, se refugiaron en el principal, donde volvió á trabarse nueva pelea, que se reprodujo en el segundo. Vencido allí el grueso de los insurrectos, todavía alguno de los mas tenaces resistieron en las bohordillas hasta sucumbir ó ser prisioneros. En quinientos se calculó el número de estos y en mas de cien el de los muertos.

La insurrección militar estaba vencida, y la civil, que se ostentó temida en varias calles auxiliada por algunos artilleros, defendió bien las barricadas precipitadamente construidas; pero fueron conquistándolas las tropas del gobierno, no sin sostener en muchos puntos reñidos combates. Aun se sostenía la insurrección en los barrios del Sur, contra la que cayeron tres columnas, marchando por diferentes direcciones: sostuvieron ruda pelea en las calles de Segovia, Toledo, Plazuela de la Cebada, del Progreso y de Anton Martin, y quedaron vencidos los insurrectos en este último baluarte, contando bastantes muertos, heridos y prisioneros.

No pudo estar peor dirigida la insurrección. Pierrad, Contreras é Hidalgo, que, como militares tenían la principal responsabilidad, quisieron estar en todas partes, arriesgaron mil veces su vida, y no pudieron dominar el desórden que se inició desde el primer momento.

Acertada, á la vez que peligrosa, fué la resolución de O'Donnell de combatir la revolución por partes, atacándola primero en San Gil, despues en toda la zona del norte y últimamente en la del mediodía; y aunque, como hemos dicho en otro lugar, los pronunciamientos pudieron aprovechar este tiempo para emprender los ataques que les conviniera, se limitaron á estar á la defensiva en las barricadas y algunas casas, y había miles de paisanos armados! Estos supieron batirse y morir, exclamando oportunamente un actor en aquellos sucesos: «Inútil alarde de heroísmo, sacrificio sin objeto, que el pueblo ha olvidado por fortuna de aquellos que habían adquirido gravísimos compromisos arrastrándole á la pelea, compromisos que eludieron en el momento crítico, dejando los unos de presentarse, retrayéndose otros, mostrando poca energía, poca actividad y gran torpeza, ó huyendo cobardes algunos otros.»

El desastre que la revolución sufrió en Madrid, frustró el pronunciamiento preparado en Valladolid. Efectuóse en Girona el regimiento infantería de Bailén; pero despues de andar extraviado por las vertientes del Pirineo se refugió en Francia. En otros puntos ni aun se intentó la sublevación; y Prim, que se había acercado á Hendaya, al verlo todo perdido, regresó á Paris. No permitiéndole el gobierno francés residir en Francia, se refugió en Bélgica.

Completo el triunfo del gobierno, lo ensangrentó con 66 fusilamientos, muriendo algunos sargentos perfectamente inocentes, pues estando para cumplir, rehusaron tomar parte en la sublevación, se quedaron en el cuartel donde fueron hallados, y como sublevados los sentenció el consejo, que no dió muestras seguramente de imparcialidad ni aun de cumplir con su deber en tan solemnes circunstancias. Secundaran ó no elevados deseos, aun había menguados palacios que pedían mas ejecuciones, haciendo decir á O'Donnell: «¿Pues no ve esa Señora que si se fusila á todos los soldados cogidos, va á derramarse tanta sangre que llegará hasta su alcoba y se ahogará en ella?»

Aunque vencida la revolución no estaba exterminada, y

para ser mas fuertes sus enemigos se procuró la reconciliación de moderados y unionistas; no fué afortunado Miraflores en su mediación con O'Donnell y Narvaez; y se cesó en los tratos, por no prestarse el primero á lo que de él se quería. Tuvo entonces en frente á moderados y disidentes; se creyó mas fuerte; obtuvo en las Cortes la suspensión de garantías que él no había de utilizar, porque al proponer á la Reina una promoción de senadores, comprendió que estaba minado su poder, y previo el acuerdo del consejo de ministros, dimitió. Al salir O'Donnell muy enojado de la entrevista con S. M. dijo que no volvería á pisar el palacio mientras reinase doña Isabel II. Otro comportamiento que el que con él se tuvo, merecía quien acababa de salvar el trono exponiendo su vida, aun cuando fuera cumpliendo con su deber; mas no faltaron cortesanos, de los que nunca se les ve en los peligros, que le culparan ante la reina de haberla abandonado porque no había estado á su lado.

Narvaez, que tambien contribuyó á la caída de O'Donnell, fué el encargado de sucederle, y formó su ministerio con Arrazola, Gonzalez Brabo, Barzanallana, Calonge, Castro y Rubalcaba. Proponiéndose una política liberal y de conciliación, salieron de sus escondites los progresistas que habían tenido parte en el anterior desastre, mandó Prim á Muñiz se suspendieran los trabajos de conspiración y se retirara Moriones de Valencia, y en la carta en que esto disponía, mostraba su dolor por los males á la patria causados, y expresaba dignos y elevados sentimientos.

Pero aquella política de tolerancia duró pocos días. Opusieron á ella Cheste, Calonge y Orovió, que en su intransigencia no querían prescindir de la fuerza; avisó Gonzalez Brabo se pusieran en salvo los que acababan de salir de sus escondites, protegió su marcha, y el fusilamiento en Barcelona de los desgraciados oficiales Mas y Ventura, que habían consentido en salvar la vida, porque así se les ofreció, fué la señal de la emigración de todos los comprometidos en los anteriores sucesos.

Como si la historia no fuera maestra de la vida, se despeñó el gobierno en una situación de fuerza, adoptando medidas que dejaban atrás á las mas reaccionarias; aun á las adoptadas en el campo carlista por el intransigente Mazarrasa en octubre de 1835, mas dignas y humanitarias que la ley de órden público de un ministerio que se llamaba constitucional, y en 1866.

Suspendidas las sesiones de aquella legislatura, se anuló por completo la necesaria é imprescindible intervención de la prensa en la administración pública; se decretó se pagasen en dos plazos los cuatro de contribución que estaban escalonados hasta mayo de 1867; se declaró ilegal é incompatible de todo punto con las instituciones la democracia y parcialidades que se relacionaban con ella, recomendándose su persecución; la sobreexcitación de los ánimos con motivo de tales medidas, la aumentó la crisis metálica que paralizó casi todos los negocios industriales y mercantiles; cerráronse muchas tiendas por no poder pagar sus dueños el anticipo forzoso; se tomó de aquí ocasión para nuevas persecuciones, y para que se expidieran bandos como el del capitán general de Valencia por haberse cerrado tambien las tiendas y talleres en aquella ciudad; publicóse en Madrid otro bando terrorífico contra los propaladores de noticias; se disolvieron los ayuntamientos y diputaciones provinciales; se modificaron de real órden leyes hechas en Cortes, dándose por decreto nueva organización á aquellas corporaciones populares, y los repetidos incendios de Valls, á fines de noviembre, amedrentaron al poder y fueron origen del enérgico bando del general Gasset de 1.º de diciembre.

¿Qué extraño era que ni la inauguración del ferrocarril que une á Madrid con Lisboa, ni el viaje de la real familia á Portugal, pudieran distraer la atención pública del sentimiento que á todos embargaba? Se caminaba al despotismo, necesario, á juicio del poder, y se discutió acabar con el parlamentarismo y las instituciones liberales.

Era ya intolerable tanta insensatez. Alarmadas las oposiciones, pensaron en congregar las Cortes por derecho propio, y se redactó una exposición á la Reina protestando contra las